

En ocasion tan buena
 De aquí consagra, y fio
 Que será de inmortal honor un rio.
 Y en hombros de la fama
 Irá, si afable el hado corresponde,
 De adonde se derrama
 El alba hasta donde
 Su luz en el salado mar se esconde.

FIN.

GRANDEZA MEJICANA

DEL DOCTOR

BERNARDO DE BALBUENA,

DIRIGIDA

AL ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO
 DON FRAY GARCÍA DE MENDOZA Y ZÚÑIGA,
 ARZOBISPO DE MÉJICO, DEL CONSEJO

DE S. M.

AL ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO
DON FRAY GARCÍA DE MENDOZA Y ZÚÑIGA,
ARZOBISPO DE MÉJICO, DEL CONSEJO DE
S. M., &c.

*Habiendo amagado á escribir estas
excelencias de Méjico con deseo de
darlas á conocer al mundo, viéndolas
hoy aumentadas y en todo su colmo y
lleno con la deseada venida de V. S. R.,
páreceme que no cumpliera con lo que
á ellas y á mis deseos debo si á todos
juntos no hiciera un nuevo servicio: á
V. S. en ofrecerle un retrato desta su*

dichosa ciudad; á ella en darle por
amparo y defensa de sus grandezas la
mayor de todas; y á mis deseos oca-
sion donde mostrar que si en la tierra
hay otra cosa que con nombre de gran-
de pueda competir con las dos es el
amor que los ofrece. Suplico á V. S.
que puestos los ojos en él, merezca yo
por esta vez gozar el gusto de verlo
tan bien empleado, y estos rasguños y
sombras contra los riesgos del tiempo
de la del gran valor de V. S., cuya
importantísima vida guarde nuestro
Señor muchos años para bien nuestro.
Méjico quince de setiembre de 1603.

*Dr. Bernardo de
Balbuena.*

*Al mismo Señor Ilustrísimo celebrando su
llegada á Méjico.*

Divina Garza que á la blanca nieve,
Y al cisne altivo del Meandro helado
En canto vences y en pureza igualas,
Y á cuenta de tu vuelo remontado
Nos dá hoy el cielo cuanto bien nos debe,
Apolo su laurel, su oliva Palas:
Recoge y plega las tendidas alas
Al fresco desta juncia,
Que á tu grandeza anuncia
Nido de incienso en las tiberias salas;
Y tras este escalon de nuestros bienes
La tiara mas alta,
Que ahora te falta y merecida tienes.
Ya tu rica ciudad cumple los votos,
Que puesta de rodillas en la playa
Hizo al cielo en rescates de tu vida.
Ya entre el humo de aromas de Pancaya
Resuenan placenteros alborotos
De nuestro siglo de oro y tu venida.
El aire mas sereno nos convida
A un inmortal verano;
Y ya lo enfermo en sano
Vuelto, promete y dá salud cumplida:
Que luego que llegó á nuestro horizonte
Tu luz, en solo verte
Huyó la muerte al reino de Aqueronte.

Entre los riscos de una gruta oscura
De Jezabel el perseguido Elias
Se puso á ver la magestad del cielo,
Y un suelto cierzo por las peñas frias
Pasando hizo temblar la mas segura:
Gimió la mar y estremeciósse el suelo.
Llovió fuego, y tras él en blando vuelo
Una aura placentera
Sirvió á Dios de litera,
Que en él todo es quietud, paz y consuelo;
Y los cierzos, borrascas, fuego y breñas
En esta estrecha vida
De su venida las mejores señas.
Así tambien, ó padre soberano,
Atlante firme á nuestras justas leyes,
Si no eres Dios, en su lugar veniste,
Garza real con sangre de mil reyes,
A cuyos graves túmulos ufano
Añides honra que en virtud consiste.
Luego que á nuestro mundo amaneciste
Con rayos celestiales,
Murieron nuestros males,
Sucedió tiempo alegre y huyó el triste;
Y tú en carro de luz, Faetonte nuevo,
Dejada su imprudencia,
Con mayor ciencia le guiarás que Febo.
Deseo de fama, cebo y golosina,
De ánimo noble, atrevimiento santo,
Enemigo de humildes pensamientos,
Los mios en su fuego encendió tanto,
Que sin mirar á la pobreza indina

Del corto don desnudo de ornamentos,
Crió alas al amor, al alma alientos
De dar á estos borrones
Sobre los aquilones
Mas altos deste mundo los asientos,
Presentándolos hoy al sacro templo
De la inmortal memoria,
Cielo de gloria, y de la tierra ejemplo.
Es general el bien, eslo el contento;
Y el mostrarlo cada uno por su modo
Gustosa fuerza que el amor nos hace.
El que da el corazon lo ha dado todo,
Yo con él ofrecí este honrado intento,
Que al mas pródigo en obras contrahace.
Si él á tí como al cielo satisface,
Envídieme el empleo
De tan rico deseo
Cuanto en lisonjas de fortuna nace:
Pues merecí colgar mi dulce lira
En el laurel de Apolo,
Que eres tú solo en cuanto al mundo admira.
Canten otros de Delfos el sagrario,
De la gran Tebas muros y edificios,
De la rica Corinto sus dos mares,
Del Tempe los abriles mas propicios,
De Efeso el templo, el sabio seminario
De Atenas, y de Menfis los altares,
De Jonia las columnas y pilares,
Los celajes de Rodas,
Y las dehesas todas
De Argos y sus caballos singulares;

Que yo con la Grandeza Mejicana
Coronaré tus sienas
De heroicos bienes y de gloria ufana.
Aquí, Señor, cual merecias, el cielo
Mejoradas te dió aquestas grandezas
En tu insigne ciudad, y á ella contigo
Mas que en todos sus bienes y riquezas;
Pues te dió por su amparo y su consuelo
Puerto seguro, paz sin enemigo.
Padre piadoso, muro de su abrigo,
Esposo fiel y honesto,
Pastor tierno y modesto,
Príncipe afable, superior amigo,
Juez prudente, sabio consejero
De Dios y de sus bienes
Que á mano tienes rico despensero;
Teatro de verdad y de justicia,
Desnudo de rencor, ira y violencia,
Sin codicia, soberbia ni arrogancia;
Pacífico dechado de prudencia,
Santo doctor, opuesto á la malicia
Del mundo, á su altivez y su ignorancia;
Esta es nuestra ventura y tu ganancia,
Que á Méjico en su punto
Seas todo esto junto,
Y ella á tí, si en tu gusto es de importancia,
Delfos, Argos, Corinto, Tempe, Rodas,
Efeso, Atenas, Jonia,
Tebas Aonia, y sus grandezas todas.
Y el santo cielo, que con nombre santo
De gracia suya y de provecho nuestro

Nos dió tal ave en armas y defensa,
Y una estrella por guia y por maestro,
Que si no es mas que el sol, es otro tanto
En lumbres de virtud y gloria inmensa;
Pues con tan alto bien nos recompensa
Cuanto le hemos pedido,
Y él como agradecido
De olores santos sin cesar le enciensa,
Crézcale el nombre, auméntele el estado,
El contento y la vida,
A la medida de un tan gran prelado.
Y á tí, cancion, que en el sujeto fuiste
Digna que el mundo sea
Columna de tu idea,
Mientras de flores se desnuda y viste
El tiempo, juez y autor de las verdades,
De llana humilde y tierna
Te hará eterna y firme en mil edades.

AL LECTOR.

Dice el Sabio en el Ecclesiastes 12, núm. 12: *Faciendi plures libros nullus est finis.* No hay término ni fin en el hacer y multiplicar libros. Cada uno saca el suyo, y le tiene por el mas esencial y mejor. Y es la razon, á mi parecer, no poderse dar uno tan copioso y general, tan ajustado y medido á todos gustos, que ni tenga de mas ni de menos: son varios los talentos y profesiones, los estados, los discursos, las habilidades, las inclinaciones y apetitos de los hombres; unos briosos, otros humildes; unos altivos, otros rateros; unos desenvueltos, otros encogidos; unos fáciles y de trato suave y compuesto, y otros tan satíricos, desabridos y melancólicos, que en todo tropiezan y todo les enfada: unos dicen bien de todo y otros nada les cae en gusto. ¿Quien guisará para todos? Si escribo para los sabios y discretos, la mayor parte del pueblo, que no entra en este

número, quédase ayuna de mí: si para el vulgo y no mas, lo muy ordinario y comun ni puede ser de gusto ni de provecho. Unos se agradan de donaires, otros los aborrecen y tienen por jugar á quien los dice. Si á los graves enfadan las burlas, ¿á quien no cansan las ordinarias veras? Horacio quiso que se hiciese una mezcla de todo, de lo útil con lo dulce. ¿Pero eso quien lo sabe? Quien sino Dios lloverá maná que á cada uno sepa á lo que quisiere? Esta misma razon y discurso, que un tiempo pudo desaficionarme á escribir, es quien hoy me ha convencido á salir á luz con mis obras, cosa que jamás pensé hacer, no la confianza que algunos tienen de las tuyas creyendo que á todos gustos han de agradar; que esa es locura y caso imposible. Y así ni yo creo esto de mí, ni ningun cuerdo lo crea de lo mas limado que escribiere. Lo que solo pudo animarme es entender que hay de todos antojos y preñeces en el mundo; y que entre los que comian el maná, con ser la malilla de los gustos, hubo á quien se le antojasen cebollas

y codornices. Y que á Marsias no le faltó un Midas que le aprobase su música en competencia del mismo Apolo. ¿Pero que mucho si el cantar del Sátiro le habia primero regalado los oídos con lisonjas? Harto es eso; pero lo principal es que para la hermosura ha de haber de todo y quien se incline á ello. ¿Que tabanque hay de manzanas tan desflorado donde no haya una que escojer? ¿O que campo tan eriazo y por cultivar que no tenga alguna yerba á propósito? *Unusquisque proprium donum habet ex Deo, alius quidem sic, alius vero sic.* A todos dá Dios sus dones, á unos de una manera y á otros de otra. Esa es la belleza del mundo y la variedad de los gustos y opiniones dél; y la que ahora me obliga á creer que así como no es posible que este mi libro sea para todos, así tampoco lo es que deje de ser para algunos. Si al demasiado grave le pareciere humilde, no por eso le cuente por perdido; que humildes habrá que le tengan por grave si la obra es pequeña, el sujeto es grande, y la calidad y valor de la cosa no está en lo

mucho sino en lo bueno; ni la discrecion y elocuencia en el gran número de hojas y ruido de palabras, sino en pocas y bien dichas. Si hubiera de aguardar á todos los votos de los padrinos, ni el casamiento se efectuara, ni saliera á vistas la novia. Por eso añadió luego el Sabio: *Frequens meditatio afflictio carnis est.* Aflicion y congoja es el demasiado cuidado en estas cosas. Uno de los primores de Apeles fue saber levantar el pincel de la tabla; y yo, imitándole en esto, no quiero cansarme mas en buscar manjar para todos, pues no le hay, sino rogar á la ventura acierte á salir este al gusto de los discretos para quien se guisó, y á quien como á dioses de la tierra ofrezco desde luego estos primeros sacrificios, y ofreceré los segundos, que cuando ellos no se admitan, yo me habré pagado de mi mano en el gusto de haberlos empleado tan bien.

INTRODUCCION.

En los mas remotos confines destas Indias occidentales, á la parte de su poniente, casi en aquellos mismos linderos que siendo límite y raya al trato y comercio humano parece que la naturaleza cansada de dilatarse en tierras tan fragosas y destempladas no quiso hacer mas mundo, sino que alzándose con aquel pedazo de suelo lo dejó ocioso y vacío de gente, dispuesto á solas las inclemencias del cielo y á la jurisdiccion de unas yermas y espantosas soledades, en cuyas desiertas costas y abrasados arenales á sus solas resurta y quiebre con melancólicas intercadencias la resaca y tumbos de mar, que sin oirse otro aliento y voz humana por aquellas sordas playas y carcomidas rocas suena: ó cuando mucho se ve coronar el peinado risco de un monte con la temerosa imagen y espantosa figura de algun indio salvaje, que en suelta y negra cabellera con presto arco y ligeras flechas, á quien él en velocidad excede, sale á caza de alguna fiera menos intratable y feroz que el ánimo que la sigue: al fin en estos acabos del mundo, remates de lo descubierto y últimas extremidades deste gran cuerpo de la tierra, lo que la naturaleza no pudo, que fue hacerlos dispuestos y apetecibles al trato y comodidades de la

vida humana, la hambre del oro y golosina del interes tuvo maña y presuncion de hacer, plantando en aquellos valdíos y ociosos campos una famosa poblacion de Españoles, cuyas reliquias aunque sin la florida grandeza de sus principios duran todavía, y á pesar del tiempo conservan en su remoto sitio el nombre de la gran villa de san Miguel de Culiacan. En este pueblo, digno por sola esta ocasion de hacer su cuenta aparte con los famosos de la tierra, se crió desde sus primeros años Doña Isabel de Tobar y Guzman, una señora de tan raras partes, singular entendimiento, grados de honestidad y aventajada hermosura, que por cualquiera de ellas puede muy bien entrar en número de las famosas mugeres del mundo, y ser con justo título celebrada de los buenos ingenios dél. Fue esta noble señora hija de los famosos caballeros Don Pedro de Tobar, hijo de Don Fernando de Tobar, señor de Villamartin y tierra de la Reina, gran caballero de la órden de Santiago, guarda de la reina Doña Juana y su cazador mayor; y de Doña Francisca de Guzman, hija de Don Gonzalo de Guzman, gobernador de Cuba. Crióse, aunque en tierra tan apartada y remota, en aquella riqueza y abundancia de regalo debida á su calidad y grandeza, hasta que disponiendo el tiempo las cosas ordenó las de su gusto de manera que le abrió puerta al que siempre habia deseado, que era verse en

religion, sacudida y libre de los inconvenientes y obligaciones del siglo, desviándole el cielo con sus regalos los que le podian ser impedimento y estorbo á este gran deseo y vocation suya, llevando primero para sí á Don Luis de los Rios Proaño, su marido, y tras él á la santa Compañía de Jesus un hijo único y sola prenda que dél le quedaba; como que quisiese Dios por esta via suceder en propiedad y posesion á todas las cosas desta señora, sin dejarle en el mundo mas que á él solo en quien poner los ojos y confianza, como desde luego lo hizo encaminando sus cosas á este honrado y dichoso fin, digno de la grandeza de su ánimo y gran caudal de su entendimiento dejarlo todo por el Señor y dueño de todo. Estando pues en las dichas visperas de tiempo tan deseado, llegóse tambien á vueltas el de mi venida á esta ciudad, doce años despues que hice della la segunda salida y la ausencias; y conociendo en mí la gran veneracion y respeto en que siempre he tenido sus cosas, por parecerme dignas deste reconocimiento y lugar entre cuantas hasta hoy mi estimacion ha hallado, mandóme con algun encarecimiento que en los dias que le traía de ventaja á esta ciudad tomase á mi cuenta el dársela muy particular de las cosas famosas della, para que así mas alentada se diese prisa á concluir su comenzado viaje, y llegada al fin dél no se le hiciese del todo nueva la grandeza de la tier-

ra, ya que á la de su ánimo y condicion ninguna podía venir grande. Fue para mí esta ocasion convidar á beber al que tiene mucha sed, porque desde luego me ví en posesion de dos grandes gustos míos y casi igualmente deseados y apetecidos de mí, el uno obedecer y servir en algo á quien tanto debo, y el otro hacer un amago y rasguño, supuesto que mi caudal no llega á mas, de las grandezas y admirables partes desta insigne y poderosa ciudad de Méjico, á quien por mil nobles respetos he sido siempre aficionado y debia hacer algun servicio. Y éste finalmente, discreto lector, es el fundamento del que yo ahora en esta breve relacion te hago, si mi buena intencion mereciere que le cuentes y estimes por tal; porque dado caso que á este fin me movieron los que digo, habiéndolos dichosamente conseguido, y la señora para quien esto se escribió el de su vocacion y viaje, tomando el hábito de monja en el insigne monasterio de San Lorenzo, despues que por algunos dias fue generalmente festejada su venida de todo lo mejor de la nobleza Mejicana, el sacar ahora á pública censura los mismos atrevimientos que se pudieran quedar olvidados y desaparecidos al mundo, es ya todo poner los ojos en solo el fin de agradar los tuyos, reduciendo á esta última pretension todo el caudal de las primeras. Y así en ventura mia será si en el gusto tuyo estos mis borrones la tuvieren tal

que acierten á dártele en algo. Lo posible he hecho en procurarlo, haga el tiempo su oficio, que hasta aquí solo pudo llegar la jurisdiccion del mio. Algunas cosas habrán de disonar en oidos delicados, á quien si yo tuviera lugar pudiera ser que dejara sino del todo satisfechos á lo menos en parte desofendidos. Quizá lo haré apuntando de mi mano algo de estos mismos discursos, que aunque en su llaneza parezca sobrado este pensamiento, no lo es en el que yo tengo de explicar algunos que dejé medio anegados y muertos entre el aprieto de los consonantes. Esto será otra vez, y lo dicho ahora claridad desta primera introduccion. Y para que tambien la tenga el noveno terceto que dice:

De Tobar y Guzman hecho un enjerto
Al Sandoval, que hoy sirve de columna
Al gran peso del mundo y su concierto,

se ha de advertir que Doña Elvira de Rojas y Sandoval, hija de Diego Gomez de Sandoval, marques de Denia, fue muger de Don Sancho de Tobar, señor de Villamartin y tierra de la Reina, y visabuella desta señora, y por esta via parienta muy conocida y cercana del gran duque de Lerma Don Francisco Gomez de Sandoval, que hoy es la persona mas propincua á la de nuestro glorioso y católico monarca Filipo III, y de cuya pru-

dencia mas se sirve en el gobierno de los mundos que están á su cargo, y le deje Dios gozar felicisimos años para el universal bien de su iglesia.

CARTA

DEL DR. BERNARDO DE BALBUENA

Á LA SEÑORA

DOÑA ISABEL DE TOBAR Y GUZMAN,

DESCRIBIENDO LA FAMOSA CIUDAD DE MÉJICO
Y SUS GRANDEZAS.

ARGUMENTO.

De la famosa Méjico el asiento,
Origen y grandeza de edificios,
Caballos, calles, trato, cumplimiento,
Letras, virtudes, variedad de oficios,
Regalos, ocasiones de contento,
Primavera inmortal y sus indicios,
Gobierno ilustre, religion y estado,
Todo en este discurso está cifradô.